

# BIÓNICO

MIKE LIGHTWOOD



**DOLBY**  
EDITORIAL



Para todos los lectores que tanto me  
han apoyado con mis primeros libros.  
Gracias por estar ahí.



## ANTES

### «UN MUNDO NUEVO»

El niño se encontraba tendido encima de la mesa de operaciones, pequeño e inmóvil sobre el metal tan frío como estéril. Tenía unos mechones húmedos de pelo oscuro pegados a la frente, todavía arrugada por el llanto. Los tres cirujanos se miraron entre ellos, intercambiando unas miradas vacilantes y cargadas de tensión. Acto seguido bajaron la vista hasta el cuerpo menudo de la criatura que tanto había llorado hasta hacía tan solo unos pocos minutos. La anestesia había acabado con su llanto, pero no con sus lágrimas, cuyos restos secos todavía podían verse sobre las mejillas.

—¿Qué edad tiene? —preguntó la única mujer de la sala. Su voz sonaba extrañamente estrangulada, y había una evidente sombra de duda en sus ojos castaños.

Hubo una pequeña pausa.

—Acaba de cumplir los dos años —contestó al fin uno de los hombres, tratando de conservar la serenidad que tan vital resultaba para su trabajo.

—¿De verdad es necesario? —replicó ella, cuya expresión dejaba claro que se sentía reacia a aceptar lo que estaban a punto de hacer.

Su interlocutor se encogió de hombros, casi con indiferencia ante sus palabras. Tenía más que asumido el procedimiento y la importancia de su misión.

—Sabes muy bien que no tenemos otra opción —le recordó con voz seca.

—Sí, pero...

—Nada de peros —replicó el segundo hombre, de constitución fornida y unos penetrantes ojos claros—. Gracias a él podríamos salvar miles de vidas.

A pesar de ello, los cirujanos eran plenamente conscientes de que existía un riesgo muy alto de que el niño no sobreviviera, no a tan corta edad. Sin embargo, era un riesgo que estaban dispuestos a correr, porque de lo contrario... ¿qué otra opción les quedaba? Tenían que hacerlo aunque no quisieran; había demasiado que ganar, por mucho que se estuvieran jugando una vida en el proceso. A veces es necesario hacer algunos sacrificios con el fin de alcanzar un objetivo más importante.

Pero pronto sucedió lo que los tres esperaban, aunque ninguno lo hubiera admitido en voz alta, y la cálida sangre del niño comenzó a manar de su cuerpo cuando uno de los hombres hizo una incisión apenas un milímetro más profunda. Aunque se apresuraron a tapar la herida para cortar la hemorragia, ya era demasiado tarde. La cantidad de sangre que puede almacenar un cuerpo tan pequeño es limitada, y se estaba drenando con rapidez.

—Mierda. Lo perdemos —dijo el segundo cirujano.

—Ha entrado en parada —informó el primero, culpable del corte demasiado profundo, con voz temblorosa.

—Traed el desfibrilador —ordenó la mujer con firmeza—. ¡Rápido!

Ya no quedaba rastro alguno de la duda que había mostrado antes al hablar, ahora era toda determinación y estaba decidida a salvar la vida del bebé, aunque en el fondo sabía que era imposible, que ya era demasiado tarde.

El segundo hombre negó con la cabeza.

—No servirá de nada —señaló con cierta tristeza—. Está perdiendo demasiada sangre. Aunque lo salvemos ahora, no se recuperará de esto.

—¡Traed el desfibrilador, joder!

Tras apenas un instante de vacilación los hombres se apresuraron a obedecer, pero todos los intentos por salvar la vida de la criatura resultaron infructuosos. Por mucho que lo intentaran, el pequeño había muerto.

—Lo hemos perdido —suspiró la mujer con voz de agotamiento, y se pasó el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor que la cubría. No se dio cuenta de que el gesto le dejó un rastro de sangre sobre las cejas, como si fueran marcas de guerra.

—Hora de la muerte: dieciséis cuarenta y tres.

—Sabía que esto no saldría bien —replicó ella, cuya voz volvía a sonar estrangulada pese a la determinación que había mostrado hacía tan solo unos minutos—. Era demasiado pequeño como para sobrevivir.

El hombre fornido tragó saliva antes de contestar.

—Pronto conseguiremos que uno lo haga —aseguró, con la voz teñida de algo muy parecido a la esperanza—. Gracias a él, lograremos crear un nuevo mundo.

Y, sin decir más, los tres salieron de la sala de operaciones.

El cuerpo del niño se quedó allí, tirado como un despojo sobre la fría mesa de operaciones cubierta de sangre, con una profunda incisión en el pecho manchado de rojo. Los cirujanos no se molestaron siquiera en hacer nada con él; sabían que ya acudiría alguien para recogerlo y llevarlo al incinerador. Pero antes de cerrar la puerta, la mujer se giró para echarle un último vistazo. Los mechones oscuros del niño, que antes le caían sobre la frente, estaban empapados en su propia sangre. Tenía los ojos cerrados, y ella sabía que se quedarían así para siempre.

Jamás volvería a llorar.





## PRIMERA PARTE

«Corazón humano,  
cuerpo de metal»

You can't wake up, this is not a dream  
You're part of a machine, you are not a  
human being

(...)

I think there's a flaw in my code  
These voices won't leave me alone

*Gasoline*, Halsey

# 1

El día programado para mi operación final me despierto nervioso y con el molesto cosquilleo familiar en la boca del estómago. Me doy cuenta al momento de que se trata de náuseas, pero por suerte logro contenerlas.

Por fin ha llegado el día. Tras muchos años de espera, hoy me van a instalar los últimos implantes biónicos en el cuerpo y todo habrá acabado. Llevo ya suficiente tiempo operándome como para ser consciente de que es algo que conlleva muchos riesgos, por muy expertos que sean los cirujanos, pero confío en que todo salga bien. Se trata de un riesgo necesario, un peligro que debo correr si quiero seguir adelante con mi vida. En cada operación los cirujanos me dicen que siempre hay una pequeña posibilidad de que algo vaya mal, pero hasta el momento no ha sucedido, así que no tengo por qué pensar que hoy vaya a ser diferente. Y después de esta, ya no habrá más operaciones. Ninguna más. Casi parece demasiado bonito para ser cierto.

Aun así, no puedo evitar sentirme un tanto extraño. Es como cuando te despiertas el día de tu cumpleaños pero todavía no te has encontrado con nadie que te felicite ni has mirado los mensajes: en el fondo sabes que el día va a ser genial, pero al mismo tiempo te preocupa que sea una decepción. Llevo años preparándome para este momento, deseando que llegara por fin la operación, pero ahora que ya es el gran día no puedo evitar sentir una irracional

oleada de pánico que recorre mi cuerpo al pensar que mañana a estas horas todo habrá terminado.

Corrección: habrá terminado si todo sale bien.

De pronto, noto unas fuertes arcadas que me sacuden todo el cuerpo con violencia. Me levanto de un salto y corro hasta el cuarto de baño anexo a mi habitación, tratando de controlar las náuseas, pero por suerte anoche tomé la precaución de no comer nada que pudiera devolver hoy. Toso varias veces y me llevo la mano al estómago, pero no me sale nada por la boca. Acto seguido mis tripas rugen con fuerza. Me muero de hambre, pero me conozco bien: en muchas ocasiones he vomitado la mañana de las operaciones a causa de los nervios, así que siempre prefiero irme a dormir con el estómago vacío para no correr riesgos innecesarios. Lo malo es que no me permiten comer nada durante las horas previas a la operación, así que tendré que esperar hasta después.

Me inclino sobre el lavabo, respiro hondo unas cuantas veces y me lavo la cara con agua helada para tratar de relajarme un poco y calmarme antes de ponerme en marcha. Funciona, pero solo a medias. No me apetece sentir el chorro caliente del secador en la cara tal y como estoy, así que saco de un cajón una toalla de las de antes para secarme. No es que sea lo más higiénico precisamente, pero al menos está limpia. Cuando termino, respiro hondo un par de veces más.

Supongo que a estas alturas ya debería estar más que habituado a esta sensación, casi tan familiar en mi vida como el simple hecho de respirar o de comer. Llevo entrando y saliendo del quirófano de forma periódica desde los tres años, edad en la que me detectaron la extraña malformación en los huesos que habría acabado con mi vida de no haber tenido acceso a los últimos avances en medicina e ingeniería biónica.

Por fortuna, mi padre tiene dinero de sobra: por algo es el Regidor de Newlon y, por tanto, la persona más influyente y adinerada de la ciudad. Aunque nunca me ha dicho cuánto cobra exactamente y yo tampoco se lo he preguntado, por nuestro estilo de vida intuyo que en un mes tiene que ganar lo suficiente como para mantener a una familia corriente durante un año, o tal vez más. Puede que siempre me queje mucho de mis visitas constantes a quirófano, pero desde luego no me puedo quejar de la suerte que he tenido. Si hubiera nacido en cualquier otra familia, una sin los recursos de mi padre, llevaría años bajo tierra, o más bien incinerado, ya que entonces no habrían tenido dinero para enterrarme. La simple idea resulta escalofriante.

Cuando los doctores me diagnosticaron la malformación, él solo tuvo que desembolsar unas cantidades astronómicas de dinero para que se iniciaran las operaciones de inmediato. La ingeniería biónica no era todavía un campo tan desarrollado como ahora, pero mi padre tenía dinero suficiente como para que la investigación avanzara hasta límites insospechados para la época. Posteriormente descubrí que otras personas se beneficiaron más adelante de ello y que sobrevivieron gracias a los avances que hicieron conmigo, así que, a pesar de las consecuencias molestas de las operaciones y de todas las visitas al Centro de Biónica, me alegra que se hayan salvado vidas gracias a haber actuado como conejillo de indias.

El problema es que las operaciones tenían que repetirse periódicamente conforme yo crecía para sustituir las piezas que se iban quedando pequeñas para mi cuerpo, de modo que cada pocos meses tenía que volver a pasar por el quirófano en una rutina cada vez más molesta y frecuente. A veces ni siquiera llegaba a tanto y no transcurrían más que unas pocas semanas entre una visita y otra, dependiendo de mi ritmo de crecimiento, sobre todo una vez llegada la pubertad. No es la mejor manera de pasar la infancia y la

adolescencia, eso desde luego. Sobre todo cuando lo tienes que mantener en secreto, porque de lo contrario...Pero con el paso del tiempo se comprobó que con aquellas operaciones no bastaba, pues mi malformación había resultado ser mucho más grave de lo que había parecido en un principio. Apenas un par de años después de iniciar el proceso de bionización, los doctores descubrieron tras numerosas pruebas que la malformación no remitía como debía, ni lo haría en un futuro como habían vaticinado inicialmente. Era como si la malformación se negara a desaparecer, como si se empeñara en extenderse y destrozarme todo el cuerpo en el proceso. La única solución para salvarme la vida era insertar diversas partes mecánicas en mi cuerpo en sustitución de elementos que de otro modo quedarían inservibles, principalmente huesos y algún que otro músculo por aquí y por allá, lo que aumentaría mi porcentaje biónico con cada operación.

Mi padre, con tal de que yo sobreviviera, había aceptado la propuesta sin dudarle. Puede que no sea el padre más cariñoso del mundo, pero lo que no se puede negar es que no haya hecho por mí todo lo que estuviera en sus manos. Por supuesto, a mí nadie me consultó al respecto porque era demasiado pequeño como para tener conciencia de la gravedad de la situación, pero sé que tampoco puedo reprocharle su decisión: de lo contrario, ahora estaría muerto o, con mucha suerte, confinado en una silla de ruedas e incapaz de hacer nada por mí mismo. Me estremezco al pensar que, en otras circunstancias, tal vez ese habría sido mi destino.

Y así fue como comenzó mi lenta transformación de persona a máquina, una transformación que terminará hoy, la última vez que me acostaré menos humano que el día anterior.

Al menos tengo que reconocer que ser biónico tiene sus ventajas, mucho más allá del hecho de poder seguir con vida. Hace poco más de dos años, cuando acababa de cumplir los

dieciséis, alrededor del veinticinco por ciento de mi cuerpo era artificial. Fue entonces cuando las operaciones dejaron de ser una rutina molesta y empezó lo divertido, cuando comenzaron a instalarme las cosas que realmente me gustaban. El primer bioobjeto que me instalaron fue un regalo de cumpleaños de mi padre. Según él, había invertido tantísimo dinero en las operaciones y en la investigación en el campo de la biónica que quería aprovechar dicha inversión para hacerme un regalo que nadie más tuviera, algo que me gustara de verdad. Y vaya si me gustó.

El bio era sencillo, pues según mi padre los cirujanos no querían arriesgarse con algo demasiado complicado siendo yo tan joven, aunque a mí me encantaba. Se trataba de una nanocámara de alta definición instalada en mi pupila derecha y conectada directamente a mi cerebro. La cámara se encuentra en funcionamiento constante siempre que tengo los ojos abiertos, de modo que soy capaz de almacenar literalmente todo lo que veo. Las imágenes se envían al cerebro, donde se guardan en una pequeña unidad de almacenamiento que me habían instalado un par de años antes para conservar la información de mis operaciones en un lugar seguro y de fácil acceso en el quirófano. De este modo, todo lo que veo queda registrado en mi interior de forma automática, por lo que en cualquier momento puedo acceder en cuestión de segundos a cualquier imagen que haya visto desde la instalación.

Para ello me añadieron poco después un segundo bio, todavía más sofisticado que el primero: una fina pantalla de cristal flexible de menos de una micra de grosor, implantada directamente en la parte interior del párpado derecho. Si quiero acceder a una imagen concreta que ya haya visto, no tengo más que cerrar los ojos, dar una orden mental para que se active la pantalla, y es como si reviviera el momento con todo lujo de detalles. Si la imagen fue tomada de noche o con poca luz, hasta puedo ver

mejor la grabación que utilizando mis ojos reales, lo cual siempre resulta muy útil.

Durante todo este último año, el número de bios de mi cuerpo ha aumentado progresivamente a medida que los doctores se mostraban menos reticentes a experimentar y mi padre más dispuesto a desembolsar cantidades ingentes de dinero. Hace tan solo un par de meses me instalaron otra nanocámara, esta vez en el ojo izquierdo, así como una segunda lámina de cristal flexible, de modo que ahora puedo acceder a mis recuerdos en visión panorámica. El potencial es ilimitado, y en el instituto mis pocos amigos siempre bromean y dicen que tengo memoria fotográfica.

Además, en el tímpano del oído derecho tengo un pequeño auricular que, junto a un micrófono instalado en un lunar cerca de la comisura de los labios, me permite comunicarme fácilmente con cualquier aparato electrónico gracias a una antena inalámbrica instalada en algún lugar de mi corteza cerebral. A decir verdad, todavía me sorprende bastante que mi padre accediera a implantarme este bio en particular, pero convencerlo resultó mucho más sencillo de lo que había imaginado en un principio.

Las operaciones no han terminado todavía. Si todo va bien, esta noche alrededor del cuarenta por ciento de mi cuerpo será artificial. Antes no me preocupaba especialmente pensar en ello, ya que el día parecía muy lejano, pero durante los últimos meses he estado dándole cada vez más vueltas a lo que esta operación supone, y la idea ya no me resulta tan atractiva. Puede parecer una tontería, pero es como si las visitas a quirófano me arrebataran parte de mi humanidad, parte de mí. Y yo no quiero dejar de ser quien soy.

A partir de esta noche apenas habrá diferencias entre mí y un cibernético de seguridad de los que patrullan la ciudad a diario, bajo las miradas de recelo de los ciudadanos. Es cierto que a pesar de las operaciones yo seguiré

conservando el libre albedrío y no estaré regido por la inteligencia artificial de los ciborgs, pero no por ello el pensamiento resulta menos perturbador.

Si todo va bien, esta noche seré casi tan máquina como humano. Y no sé lo que eso significa, y mucho menos si es algo bueno o malo.



## 2

Cuando por fin me decido a salir del cuarto de baño para ir a clase, siento que me tiemblan un poco las piernas. En realidad ya no me siento tan nervioso como antes, sino más bien emocionado ante la perspectiva de que todo acabe. Ya no tendré que volver a pisar uno de esos quirófanos en mi vida ni aguantar el opresivo hedor de la anestesia, entumeciendo mi cuerpo y penetrando en mi cerebro, embotando mis sentidos hasta arrebatarme la conciencia.

Nunca más tendré que volver a notar la horrible sensación de que mi propio ser ya no me pertenece cuando despierte con el cuerpo menos mío que nunca.

Pero por mucho que odie las operaciones y por mucho miedo que sienta a veces, tengo que agradecerle a mi padre y a los doctores que todo vaya a terminar muchísimo antes de lo que hubiera sido normal. Unos pocos meses antes de cumplir los trece años, tras haber entrado ya en la pubertad, los médicos comenzaron a inyectarme todas las semanas unas hormonas de crecimiento para acelerar mi proceso de desarrollo natural y que el proceso de bionización pudiera concluir mucho antes de lo normal. Sin ellas, todavía faltarían unos años hasta que terminara.

Esa vez sí que me dieron a elegir, por supuesto. Tenía la opción de seguir operándome hasta los veintiún o veintidós años, edad en la que según sus cálculos dejaría de crecer de forma natural, o bien pasar por quirófano algo más

a menudo pero dejar de hacerlo a los diecisiete o dieciocho años, según cuánto me afectaran las hormonas. Yo opté sin dudar por lo segundo, aunque ya a esa edad era consciente de los riesgos que corría al someterme a operaciones tan frecuentes y lo que eso supondría para mí. Pero ya a los trece años había llegado a odiar aquellos procesos lo suficiente como para saber que en un futuro lo agradecería, aunque tuviera que visitar el quirófano con más frecuencia. Hoy estoy seguro de que aquel día tomé la decisión correcta, y no puedo evitar dar las gracias a mi yo del pasado por haberse atrevido a tomarla. Tan solo espero no haberme equivocado.

Al mirar una de mis fotos colgadas en el pasillo no puedo evitar sonreír. La foto es del día en el que cumplí quince años, pero si el chico de la foto fuera un desconocido, habría pensado que tenía por lo menos dieciocho. No es que haya nada especial en mi rostro de pelo oscuro y ojos negros, pero ahora mismo acabo de cumplir los diecisiete años y gracias a las hormonas de crecimiento parezco estar en plena veintena. Eso ha supuesto a veces un problema en el CCS, ya que siempre he parecido mayor que el resto de mis compañeros. A los catorce años ya me afeitaba con regularidad, y a los quince superaba en altura a muchos de los chicos del último curso. Ahora podría pasar perfectamente por un universitario a punto de graduarse.

—Buenos días, señor Shane —dice con su voz metálica Neo, el androide auxiliar que compró mi padre tras el incidente en el que descubrí mi naturaleza biónica—. ¿Qué desea desayunar?

—Hoy tengo operación, así que lo de siempre, Neo —respondo con resignación—. Y ya sabes que no tienes que tratarme con tanto respeto, que no soy mi padre —añado con una sonrisa.

Hace una reverencia a modo de respuesta, y yo no puedo evitar poner los ojos en blanco. Aunque los androides

auxiliares están programados para cumplir órdenes, tienen el respeto a sus dueños inculcado en lo más profundo de su corazón electrónico y es casi imposible sacarlo de ellos.

—Marchando.

No puedo negar que tener un androide auxiliar nos facilita mucho la vida. Neo nos limpia la casa, se encarga de preparar la comida y, gracias a los maravillosos avances de la inteligencia artificial, es capaz incluso de ayudarme con los deberes cuando lo necesito. En cierto modo considero a Neo como un amigo, ya que su sofisticada tecnología le permite pensar casi como si fuera un ser humano. De hecho, el principal motivo de que mi padre lo comprara fue para hacerme compañía por las tardes, pues muchas veces no llega de trabajar hasta la noche y eso implica dejarme solo en casa. Aunque Neo no esté realmente vivo, siempre puedo contarle mis cosas y él siempre está ahí para escuchar mis problemas y aconsejarme si lo necesito. A veces, el androide me inspira más confianza que cualquier humano, a excepción de Chris, mi mejor amigo.

Pero lo mejor de todo es que Neo sabe hacer unas tortitas de muerte, y cuando uno no tiene madre y su padre pasa tanto tiempo fuera de casa eso es algo que se agradece. Pero hoy no puedo comer tortitas, ni nada sólido en general: tan solo me permiten ingerir un preparado líquido nutricional seis horas antes de la operación. Justo cuando comienzo a tomarme mi triste desayuno, mi padre entra en la cocina, bien trajeado y peinado como cada mañana. El androide se apresura a ofrecerle una taza de café humeante que ya tiene preparada.

—Buenos días, Shane — me saluda al pasar a mi lado, y me da unas palmaditas en el hombro—. ¿Has dormido bien?

—Sí — miento tras dar un trago al vaso—. Muy bien.

Quiero mucho a mi padre y sé que él también me quiere, pero en realidad nuestra relación no es demasiado

cercana y no me apetece contarle que he pasado mala noche a causa de los nervios. El pobre nunca sabe qué decir para hacerme sentir mejor, así que he aprendido a ocultarle la verdad para ahorrarle preocupaciones.

Me mira con una sonrisa, una sonrisa que a primera vista se parece mucho a la mía pero que al mismo tiempo resulta diferente, como estudiada, calculada... quizás una consecuencia de su trabajo en política. Lo cierto es que, en general, nos parecemos bastante: el mismo rostro anguloso, la misma complexión fuerte, el mismo pelo oscuro... Somos como dos gotas de agua. Lo único que nos diferencia son los ojos, pues los suyos son grises mientras que los míos son negros como la noche. Supongo que debo haberlos heredado de mi madre, aunque eso es algo que no puedo saber con seguridad porque jamás he visto siquiera una foto de ella.

—¿Estás listo para el gran día?

Asiento con la cabeza.

—Eso creo —le respondo, sintiéndome otra vez un tanto nervioso. Mi padre vuelve a dedicarme otra sonrisa, esta vez algo más cálida que la anterior, y yo se la devuelvo no sin cierta incomodidad. Me cuesta mucho fingir que estoy bien cuando no es así, pero a veces es necesario guardar las apariencias.

—No te preocupes, hijo, ya verás que todo va a salir perfectamente —asegura con el tono convincente que suele emplear para sus discursos holovisados y que tan bien conozco—. Y después, todo habrá terminado de una vez.

Yo no contesto, pero vuelvo a asentir con la cabeza. Sigo bebiéndome el contenido del vaso poco a poco, observando a mi padre mientras se toma el café. Me doy cuenta de que sus palabras sonaban cansadas, y lo cierto es que no me extraña: para mí esta situación ya es complicada, pero supongo que para él tiene que ser todavía más duro. Después de todo, soy su hijo.

—Tengo que irme ya —dice al cabo de un par de minutos, tras apurar con rapidez su taza—. Mucha suerte, ¿vale? En cuanto pueda, me paso por allí.

—¿Te vas tan pronto? —pregunto extrañado. Por lo general soy yo el primero en salir de casa por las mañanas.

—Soy el Regidor, Shane —me recuerda, repitiendo con paciencia una frase que he oído a lo largo de mi vida más veces de las que sería capaz de contar—. Tengo que asegurarme de que todo esté en orden, y si quiero asistir a tu operación y quedarme contigo después, no me queda más remedio que comenzar a trabajar un poco antes hoy. —Se detiene un momento antes de continuar—. Y con todo el asunto de la Plaga...Hace una mueca de desagrado y deja la frase inconclusa, pero no tiene necesidad de continuarla; desde que estalló el brote de la Plaga, las cosas son muy diferentes en Britania. Asiento con la cabeza una vez más, algo sorprendido de que haya decidido estar presente en la operación. Si hay algo que sé a ciencia cierta es que ser el Regidor de la ciudad conlleva una responsabilidad enorme, y esa es la causa de que pase tan poco tiempo en casa... y de que tenga tanto dinero para invertir en ingeniería biónica y en mis múltiples operaciones, claro. Supongo que, después de todo, no tengo derecho alguno a quejarme de la situación.

Los Regidores se encuentran justo un escalón por debajo del Líder, de modo que mi padre se cuenta entre las personas más importantes de Britania. De hecho, sus funciones son prácticamente las mismas que las del Líder, solo que a un nivel más específico: mientras que este se encarga de dirigir el país entero, los Regidores solo tienen competencia dentro de los límites de su ciudad, que no es poco, y menos en el caso concreto de mi padre. Dado que Newlon es precisamente la capital del país, podría decir que sí: mi padre es la persona más importante por debajo del Líder, incluso por encima de los demás Regidores de Britania. No me extraña que esté siempre tan serio y prácticamente viva en el trabajo.

Su principal función es asegurarse de que todo marche perfectamente en Newlon, siempre según las disposiciones del Líder, claro está: controla el CC, el CCS, la RCU, los sistemas de comunicación... Es él quien se asegura de que los protectores de la paz estén siempre apostados en lugares estratégicos donde puedan surgir conflictos, y de que los ciborgs de seguridad patrullen las calles de forma periódica, de modo que los altercados son prácticamente inexistentes. Desde que ha estallado el brote de la Plaga, mantener los conflictos a raya resulta esencial para conservar la cordura de la población. Sin él, lo más probable es que la ciudad entera se fuera a pique.

Además, mi padre es el encargado de mandar a ejecutar a los disidentes en las pocas ocasiones en que alguien se atreve a infringir las normas de forma tan grave como para poner en riesgo la seguridad nacional. Como ya he dicho, es un trabajo de gran responsabilidad.

En cuanto me termino el contenido del vaso, vuelvo a mi habitación para cambiarme de ropa y suelto un prolongado bostezo mientras avanzo por el pasillo, bien iluminado gracias al buen día que hace. El sol suele permanecer oculto tras las nubes en Newlon, pero hoy su luz se derrama con intensidad y penetra a través de los ventanales.

— Activar el panel mural — digo con voz clara al entrar en la oscuridad de la habitación, todavía con las persianas cerradas, mientras me quito la camiseta del pijama y la tiro sobre la cama deshecha. Siguiendo mi comando, la pared norte de mi habitación se ilumina acompañada de un tintineo — . Usuario: Shane Orwell. Comando: iniciar sesión.

— Reconocimiento de voz realizado con éxito — dice la voz del asistente virtual — . Permanezca inmóvil, por favor. Escáner de retina en proceso.

De la pared sale un rayo de luz azul directo hacia mis ojos, de modo que me esfuerzo por no pestañear durante unos segundos. Un instante después, la pantalla se

desbloquea y aparece en ella mi escritorio virtual. Estiro los músculos de los brazos mientras cargan todos los iconos. A continuación, me quito los pantalones y los dejo sobre la camiseta.

—Comando: meteorología y vestuario.

Al instante, en el panel mural aparece información detallada del parte meteorológico del día de hoy, incluyendo temperatura, humedad, grado de nubosidad y velocidad del viento para cada hora. A la derecha, el sistema informático sugiere qué combinaciones de ropa de mi vestidor serían las más acertadas dadas las condiciones. La primavera ya ha comenzado y al parecer hoy hará sol durante todo el día, así que me pongo uno de los conjuntos de ropa fresca sugeridos por el programa. Soy un negado a la hora de combinar prendas y colores, así que doy gracias por tener un ordenador que lo haga por mí y me evite humillaciones públicas. La última vez que intenté vestirme con criterio propio los resultados fueron desastrosos, por lo que desde entonces no he vuelto a intentarlo.

—Cerrar sesión y bloquear usuario — digo antes de salir de la habitación—. Desactivar el panel mural.

La pantalla se desvanece para volver a convertirse en pared. Voy a por la ropa que ha sugerido el sistema y en un par de minutos ya estoy vestido y preparado para el que tal vez sea el día más importante de mi vida. Cierro la puerta detrás de mí al salir, con la certeza de que la próxima vez que vuelva a entrar en esta habitación seré menos humano que nunca. El pensamiento no resulta agradable precisamente, así que trato de no darle demasiadas vueltas. Por supuesto, ya sé de antemano que no lo voy a conseguir.

Tras despedirme de Neo, me dirijo hacia el vestíbulo de entrada para entrar en nuestro terminal privado de RCU, otro de los lujos que se puede permitir mi padre gracias a su trabajo. La Red Capsularia Universal, que la mayoría conocemos simplemente como RCU para abreviar, es

el medio de transporte que utilizamos todos para movernos dentro de la ciudad cuando no queremos ir caminando o simplemente estamos muy lejos de nuestro destino, pero los terminales privados son muy caros y somos pocos los que tenemos la suerte de disponer de uno en nuestra propia casa.

Aunque llamamos universal a la red, lo cierto es que no lo es; al menos, no desde hace unos diez años, que fue cuando se cortaron las comunicaciones de RCU entre las distintas ciudades del país por razones de seguridad nacional. El auténtico transporte universal lo conforman ahora las Cabinas de Transporte Instantáneo, que permiten ir de una ciudad a otra en apenas un par de segundos, aunque yo nunca las he probado. Según dicen, se puede viajar en CTI incluso de un país a otro, aunque eso no tiene mucha utilidad teniendo en cuenta que el mundo más allá del Muro ha quedado prácticamente en ruinas tras la guerra.

Lo malo es que es una tecnología demasiado nueva y todavía resulta muy cara, aunque no tanto como esas máquinas voladoras tan lentas que se empleaban antes para viajar de un lugar a otro, cuando aún no había aerodeslizadores. Además, no se utilizan demasiado para viajar entre ciudades porque hace falta un permiso especial del Regidor de ambos lugares para poder utilizarlas y poca gente es capaz de conseguirlo. Por lo general son solo personas como mi padre los únicos que las emplean, y por motivos estrictamente profesionales relacionados con el gobierno del país.

Utilizo mi tarjeta personal de ID para activar el terminal de RCU y acceder a la cápsula de metal que me espera en su interior, con una capacidad máxima de diez personas. Una vez allí, me siento en uno de los cómodos asientos acolchados y, tras colocar los pies en las sujeciones del suelo y agarrarme bien al sujetamanos, pulso el botón azul que se encuentra junto a la puerta. Esta se cierra de forma



automática y sella herméticamente la cápsula con un chasquido y una especie de sonido de succión.

—Modo de gravedad cero: activado —dice una fría voz metálica de mujer desde algún altavoz escondido en la cápsula, al tiempo que noto un cambio de presión en el aire al que ya estoy más que acostumbrado—. Por favor, asegúrese de que se encuentra correctamente sujeto antes de iniciar el viaje. De no hacerlo...—Cancelar explicación —interrumpo, y la voz deja de hablar al instante.

Ya me sé toda la retahíla de memoria: tanto el modo de gravedad cero como las sujeciones son esenciales para la correcta utilización de la RCU, pues las cápsulas pueden llegar a alcanzar velocidades cercanas a los quinientos kilómetros por hora. Gracias al modo de gravedad cero los ocupantes de la cápsula no notamos la velocidad, mientras que las sujeciones evitan que flotemos en su interior. Todos hemos viajado sin sujeciones en alguna ocasión cuando vamos con amigos, claro, y tampoco sería la primera vez que hago un viaje innecesariamente largo con alguien para aprovechar el trayecto de otra forma, pero es peligroso: si por algún motivo el modo de gravedad cero fallara, el golpe podría matarnos de forma instantánea.

—¿Adónde desea ir? —pregunta la voz.

—Al Centro de Ciudadanía y Sociedad.

—¿Desea habilitar el modo transparente?

—Ni de coña —replico sin dudar.

No sé quién querría activarlo hoy en día. Las cápsulas se mueven a toda velocidad a través de una enorme red formada por tubos de plástico rígido y dan vueltas todo el rato hasta llegar a su destino. Si uno activa el modo transparente, lo único que vería sería un borrón de formas y colores en cambio constante. Antes, cuando las cápsulas apenas llegaban a rondar los cien kilómetros por hora, era comprensible que alguien deseara activarlo, porque podía resultar divertido ver cómo el mundo daba vueltas a tu

alrededor, pero conforme la tecnología fue evolucionando y, por tanto, la velocidad de las cápsulas fue en aumento, la gente dejó de utilizarlo. Se supone que los ingenieros están trabajando en un modo de estabilizar las cápsulas para que no giren tanto durante el trayecto, pero de momento parece imposible sin reducir la velocidad. Y en el mundo en el que vivimos, lo más importante es llegar a los sitios cuanto antes, no disfrutar del viaje.

—Lamentamos las molestias —dice la voz—, tendrá que esperar unos cuarenta segundos antes de iniciar el viaje.

No digo nada, consciente del motivo de la espera. En una red llena de cápsulas viajando a grandes velocidades de un lado a otro, una colisión podría ser extremadamente peligrosa incluso a pesar de la gravedad cero y de los sistemas de seguridad; por tanto, un sofisticado programa de máxima precisión controla la red entera para que jamás llegue a producirse ningún choque. Por esa razón, muchas veces hay que esperar unos segundos a que el itinerario que queremos seguir quede libre. En horas punta como esta, las esperas pueden llegar a ser de un minuto, incluso de dos en los casos más extremos, pero por lo general no suelen superar los cinco o diez segundos. Lo comparo con los medios de transporte que había antes, muchísimo más lentos, y en fin... no puedo estar más contento con la época que me ha tocado vivir, porque odio las esperas.

—Por favor, sujétese fuerte y no se suelte hasta llegar a su destino —vuelve a hablar la mujer invisible, apenas veinte segundos después—. El viaje dará comienzo de inmediato.

Como siempre, no atisbo la menor señal de movimiento en el interior esférico de la cápsula, como si no nos desplazáramos en absoluto, aún sabiendo que en realidad estoy viajando a una velocidad de vértigo. A veces me parece notar una ligera vibración, pero en realidad nunca puedo estar seguro de si se trata de un movimiento real o si tan

solo me lo estoy imaginando a fuerza de tratar de captar algo que indique que realmente estamos en marcha.

Al cabo de unos segundos, la voz de mujer habla otra vez.

—Ha llegado a su destino con éxito. Modo de gravedad cero: desactivado. Puede salir de la cápsula para que dé comienzo el proceso de esterilización. Recuerde que desde la Red Capsularia Universal luchamos contra la Plaga junto a usted.